

La Única Fuente de la Vida

Un sermón de preparación para la Santa Cena – Juan 4:10

Por Rev. G.H. Kérsten (sermón 334a)

Lectura Bíblica: Juan 4:1-19

Salterio 227:1, 2

114:1, 4, 5

200:2

71:3, 4, 5

Introducción

Querida congregación, en relación con la Santa Cena que será administrada el próximo domingo, Dios mediante, deseo llamar su atención por unos momentos a las palabras de nuestro texto que se encuentra en Juan 4:10, donde leemos la palabra de Dios: “*Respondió Jesús y le dijo: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva*”.

En estas palabras, Cristo es presentado para nosotros como ***La única fuente de la vida***, *Quien:*

- 1. Tiene el agua viva;**
- 2. Hace que haya sed por esta agua; y**
- 3. Satisface a los Suyos, quienes desean la salvación.**

PRIMER PENSAMIENTO

En primer lugar, entonces, veremos que Cristo tiene el agua viva, como leemos en el texto: “*Tú le pedirías, y él te daría agua viva*”.

Juan 4 es un capítulo donde resplandece de una manera especial la gracia soberana de Dios. El evangelista nos anuncia que Jesús fue de Judea hacia Galilea, y luego, se añade enfáticamente en el versículo 4: “*Y le era necesario pasar por Samaria*”. Un judío común nunca hubiera pasado por Samaria cuando viajaba de Judea a Galilea, ya que los judíos despreciaban mucho a los samaritanos. Sin embargo, para el Señor Jesús, Le era necesario pasar por Samaria. No es que ningún hombre Le hubiera pedido a Jesús que pasara por Samaria; al contrario, Le era necesario que Jesús pasara por Samaria debido al beneplácito Divino y la voluntad soberana de Su Padre. Este pasaje nos muestra la soberanía de Dios, Quien asegura que todos los Suyos sean llevados a Él en el momento determinado por Él. Se hace evidente una Divina “necesidad”, por la cual todos los hijos de Dios son “arrestados” en sus caminos por la gracia Divina.

Cuando Jesús llegó a Sicar, estaba cansado de Su viaje, y leemos que se sentó junto al pozo que estaba “*junto a la heredad que Jacob dio a su hijo José*” (v. 4, 5). Ahora vemos que el Gran Mediador, el Fiador y Salvador Mismo, está cansado del camino. El Mediador se puso cansado para dar fuerzas a Su

pueblo cansado y afligido tanto en su alma como en su cuerpo. Como Él promete a los Suyos, *“Los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas”* (Isaías 40:31).

Jesús descansa en este lugar mientras Sus discípulos *“habían ido a la ciudad a comprar de comer”*. Leemos que luego *“Vino una mujer de Samaria a sacar agua”* del pozo donde descansaba Jesús. Esta mujer se acercó al pozo sin tener la más mínima idea de lo que iba a suceder. En cambio, era Dios que guiaba los pasos de esta mujer, tal como Él hace con todos los Suyos en el momento determinado por Él. El hijo de Dios no sabe el momento de Su regeneración, pero el Señor guía sus caminos hacia aquel momento cuando Él reciba toda la gloria. Y es así que esta mujer samaritana se acerca al pozo, y justamente cuando ella está sacando agua, Jesús le dice: *“Dame de beber”*. Él, siendo judío en Su naturaleza humana, de ese pueblo que odiaba tanto a los samaritanos, ¡le pide a una mujer samaritana que Le dé de beber! Tampoco los samaritanos querían a los judíos, y la mujer manifiesta su enemistad cuando Le dice a Jesús: *“¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana?”*

Al escuchar su pregunta, el Señor Jesús contesta así: *“Si conocieras el don de Dios, y quién es él que te dice: Dame de beber, tú le pedirías, y él te daría agua viva”*. Jesús sí puede dar aquella agua viva, pues Él es el Cristo. Él es el verdadero y amado Hijo de Dios, y Él es verdadero Dios, *“por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten”* (Hebreos 2:10). Jesús es el Elegido del Padre; Él no es sólo el Verbo, sino que también es verdadero Dios, la Segunda Persona de la Divina Trinidad. Él se hizo siervo del Padre para que, según la voluntad de Su Padre, Él pudiera llevar a los pecadores a la comunión con Dios otra vez. Jesús se ha hecho Fiador para Sus elegidos, habiendo hecho el Pacto de la Gracia antes de la fundación del mundo, para así otorgar la gracia a los hijos de Dios. Jesús sí tiene el agua viva para que la pueda dar a todo Su pueblo.

Todos tenemos una sed eterna. Después de nuestra caída en el Paraíso, tenemos sed de la felicidad, y esto se manifiesta en una sed de los placeres de este mundo. Sin embargo, nuestra sed nunca será saciada a menos que seamos restaurados a la comunión con Dios. Nuestra sed no será saciada con nuestra vida religiosa, por muchos que sean nuestros privilegios en comparación con los demás. Por ejemplo, si vemos las multitudes que esperan en una fila para entrar al cine, debemos reconocer que hemos recibido mucho de Dios al recibir la oportunidad de estar con nuestros hijos bajo la predicación y la enseñanza de la Palabra de Dios. Tal vez hay entre nosotros algunos que antes tenían sus placeres en las cosas del mundo. Tales personas ya pueden contar cuánto más significa el servicio de Dios en contraste con el servicio del mundo. No obstante, nunca olvidemos de que la sed de nuestra alma nunca será saciada a menos que seamos restaurados a la comunión con Dios. Y es más, esa restauración con Dios es posible únicamente a través de Jesucristo. Por eso, Cristo dijo a la mujer samaritana: *“Si conocieras el don de Dios, y quién es él que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva”*.

Cristo tiene esta agua viva, y él puede dársela a los Suyos. Él ha conseguido esto a través de Sus sufrimientos y Su muerte, y al satisfacer completamente los requisitos de la Ley y la justicia de Dios. Él consiguió la justificación, la santificación y la redención para Su pueblo, y así merece que Su pueblo sea restaurado a la comunión con Dios. En la Fiesta de los Tabernáculos, Jesús *“se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba”*. Hay una plenitud en Cristo para saciar la sed del alma sedienta.

Esto ha sido nuestro primer pensamiento esta mañana: el hecho de que todo para el hijo de Dios está en Cristo Jesús. Esto también es el caso cuando conmemoramos la muerte de Dios en la Santa Cena por medio del pan partido y el vino derramado. Oh, qué Dios dé la fe para mirar a Cristo, porque *todo* lo que sea fuera de Cristo y no sea de Él nos dejaría vacíos. Es posible que alguien hable de muchas experiencias y otras cosas, pero en el momento de nuestra muerte, moriremos como pecadores desnudos, y solamente aquellos que sean cubiertos con el manto de la justicia de Cristo entrarán en la comunión con Dios para la gloria eterna. Cristo tiene el agua viva; esto quiere decir que hay una plenitud de gracia y salvación en Él únicamente, para que Lo busquemos y para que tengamos sed de esa agua viva.

En nuestro segundo pensamiento, veremos que el conocimiento de Cristo **hace que tengamos sed de esta agua viva**.

SEGUNDO PENSAMIENTO

“Si conocieras el don de Dios....”, dice Jesús a la mujer samaritana. ¿Quién es este “don de Dios”? Es el Señor Jesucristo. *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”* (Juan 3:16). Jesús es el “don de Dios” de que se habla en nuestro texto; Él es el don de Dios, dado del Padre en Su amor infinito. *“Si conocieras el don de Dios”*; nos enseña que el conocimiento de Cristo hace que una persona tenga sed del agua viva que tiene Jesucristo.

La mujer samaritana seguramente pensó que Jesús era un judío que estaba viajando por aquella zona, y por eso se pone en manifiesto su enemistad, algo que ya hemos mencionado. Ella piensa: “Es un judío; ahora puedo tomar venganza por el trato que nosotros los samaritanos recibimos de parte de los judíos”. Es más, la enemistad de esta mujer se convierte en burla, pues ella Le dice: *“No tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo. ¿De dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo?”* El Señor responde de nuevo, diciéndole: *“Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás”*. La mujer sigue burlándose de Él, diciendo: *“Dame esa agua, para que no tengo yo sed, ni venga aquí a sacarla”*. De esta manera ella demuestra su enemistad, que realmente es una ilustración de la enemistad que tenemos todos nosotros a menos que el Señor nos haya dado el conocimiento de Él.

¿Qué era necesario para esta mujer, entonces, para que tuviera el conocimiento de Cristo Jesús? Esta mujer necesita la obra del descubrimiento y la convicción del pecado. Y es así que el Señor interviene en su vida al decirle: *“Ve, llama a tu marido, y ven acá”*. Ella responde: *“No tengo marido”*, y entonces Jesús se revela a ella, mostrándole que Él es el Omnisciente, Él que sabe todos sus caminos, y para Quien no hay nada escondido. ¿Qué responde Jesús a la mujer? Él dice: *“Bien has dicho: No tengo marido; porque cinco maridos has tenido, y él que ahora tienes no es tu marido”*. La vida entera de esta mujer, con todos sus pecados, ya está descubierto por Jesús. Esto es lo que hace que ella reconozca que Éste no es un judío común. Ella está hablando con Dios eterno, Quien pone delante de ella toda su culpa, y ella tiene que rendir cuentas a Él.

Este mismo descubrimiento es necesario para que un pecador llegue a conocer a Cristo como el “don de Dios”, Quien tiene el agua viva, y Quien, de Su plenitud, da todo, y gracia sobre gracia (Juan 1:16). Es necesario que el hombre pecador experimente este descubrimiento y la convicción de su pecado. Ni un solo pecador puede acudir a Jesús a menos que primeramente conozca a sí mismo por medio de la obra de Dios, y a menos que todos sus propios hechos, sus caminos, su vida, y sus pecados sean puestos delante del Señor. Tal como sucedió en la vida de esta mujer samaritana, es necesario que haya un momento en la vida cuando el pecador se postre delante del Señor y reconoce que no es nada más que un pecador.

Y, ¿cuál es el fruto de este conocimiento de Jesús? Oh, tales personas ya tienen en alta estima servir a Dios, y se aferran firmemente a Sus testimonios. Tales pecadores ya reciben el deseo de la salvación en Cristo Jesús, y así se manifiesta en la vida de esta mujer. Ella dice: *“Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo; cuando él venga nos declarará todas las cosas”*. Y Jesús le responde: *“Yo soy; el que habla contigo”*. Oh amigos, esta mujer quería conocerlo, y ahora tenía sed de esa agua viva de la cual Jesús le había hablado. Así el Señor Jesús convence a Su pueblo, quitándoles sus propias justicias y hechos, y llevándoles a la plenitud que hay en Él para que Lo conozcan y para que Lo adoren. No es que un pecador convencido ya repose en el hecho de que reconozca sus pecados; ¡al contrario! El Señor obra en ellos un deseo en el corazón, y un anhelo por Cristo y el agua viva, que es la justicia y la santidad que Él Mismo ha obtenido por Su pueblo.

Entonces, ya hemos considerado dos asuntos: primero, que El Señor hace lugar en el corazón para Sí Mismo a través de la convicción de los pecados; y segundo, que Él se revela a Su pueblo y así obra un deseo ferviente en el corazón del pecador de conocer a Cristo para la satisfacción completa de su alma. Jesús quiere dar esa agua viva a las almas que desean la salvación que hay en Él. Y, como veremos en nuestro tercer pensamiento, Él Mismo **satisface a los Suyos, que desean la salvación**.

TERCER PENSAMIENTO

Está escrito: “...Y él te daría agua viva”. Cristo nunca dejará que Su pueblo que desea la salvación tenga sed para siempre. Léanlo de nuevo: “...y él te daría agua viva”. Donde hay una sed verdadera y el corazón que anhela a Cristo, entonces Él no dejará que aquel pueblo siga con hambre y sed espiritual, sino que vendrá “saltando sobre los montes, brincando sobre los collados” (Cantares 2:8). Cristo es deseoso de decir: “Yo soy, el que habla contigo”; ¡“Yo soy tu salvación! Pues, el pueblo de Dios desea ser cubierto con el manto de justicia de Cristo, y así adornado con la santidad, para que pueda gustar de la comunión con Dios. Dios no puede tener comunión con el pecado; no obstante, Cristo presenta Su Iglesia a Su Padre como perfecta, ya que el Padre reconoce Su propia obra.

El desear el agua viva significa entrar en una relación con Cristo, para que Él dé consuelo a un pueblo triste en sí mismo, y para que Él prepare un lugar para ellos. Aunque todo vaya en contra de este pueblo según la carne y el alma, esta gente siempre recibirá fortaleza y ánimo de aquella agua viva, y dirá con Asaf: “Ciertamente es bueno Dios para con Israel, para con los limpios de corazón” (Salmos 73:1).

Antes de seguir con palabras de aplicación personal para este mensaje de preparación para la Santa Cena, vamos a cantar del **Salterio 200, estrofa 2**.

APLICACIÓN

Queridos amigos, hemos cantado: “Cuando clame el pobre, Él tendrá piedad; y al afligido, mostrará bondad”. Ahora bien, esto es precisamente lo que Cristo desea confirmar con la administración de la Santa Cena. Cristo invita a los hambrientos y a los sedientes a que vengan a Él, para que en Él sean satisfechos. Es como si dijera a cada uno de los Suyos: “Si conocieras el don de Dios, y quién es él que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva”.

Sin embargo, para poder participar en la Santa Cena, tiene que haber un conocimiento de Cristo. Y, esto no es el caso si nunca hemos sido descubiertos, y si nunca hemos experimentado algo de lo que somos en nosotros mismos. ¿Quiénes son, pues, los verdaderos partícipes que se invitan a la mesa del Señor? La Liturgia para la administración de la Santa Cena, tal como nuestro Catecismo, lo explican muy claramente: en primer lugar es necesario conocer nuestra culpa. Fijémonos en la mujer samaritana: antes de que Cristo le mostrara su culpa, ella demostró enemistad para con Jesús. Así es con nosotros; por nuestra naturaleza humana, somos enemigos de Cristo, y no queremos ser salvos por la gracia. ¿Por qué? Es porque por nuestra naturaleza humana no nos conocemos como deudores, a menos que el Espíritu Santo nos convenza de esto de una manera irresistible. Así fue la experiencia de la mujer samaritana, y así es la experiencia de cada uno de los hijos de Dios: cada uno puede señalar un momento donde se postró en el polvo delante del Señor. Para uno el Señor le habrá sacado de la cantina; para otro el caso es distinto, y nunca ha caído en los vicios; sin embargo, de igual manera una flecha llegó a su corazón en un momento, y como un ave que cae del árbol, se postró delante de Dios como el más culpable.

Amigo, ¿conoce usted algo de esta experiencia espiritual? Puede ser que uno confiese con su mente que todo esto es verdad; no obstante, la pregunta es: ¿Conozco yo algo de la convicción del pecado? ¿Entendemos lo que ocurrió con la mujer samaritana? En el momento cuando Cristo le dijo que llamara a su marido, esta mujer recibió el conocimiento de la omnisciencia de Dios; y entonces, su vida entera, con todos sus pensamientos, palabras y hechos, fue manifiesta delante de Dios, y ella se dio cuenta de que tenía que rendir cuentas con el Señor. Amigos, cuando el Señor obra en el corazón, ¡Él siempre comienza con la convicción de nuestros pecados!

Si no somos cuidadosos en cuanto a este asunto, muy pronto llegaremos a ser cristianos por nombre, como los muchos que celebran la Santa Cena hoy en día, y es más, insisten a los demás que les acompañen, diciendo: “Amados hermanos, tenemos que obedecer al Señor y estar en la mesa del Pacto”. Sin embargo, ¿qué dice la Biblia? “*Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí*” (1 Corintios 11:29). Es necesario ser convertido por Dios, y ser convencido de nuestro pecado. Tengo unas palabras para todos lo que **no** conocen esto por experiencia, y todos aquellos cuyo conocimiento del pecado y de culpa **no** le haya hecho huir a Cristo, sino que están confiándose en sus propios pensamientos: Amigos, que el Señor les convenza de su pecado y su culpa, y del estado pecaminoso en el cual nacieron, para que Él les muestre la necesidad que tienen de tener un Fiador para su alma. Oh amigos, viene el momento cuando el Señor va a separar el trigo de la cizaña, y cuando apartará las ovejas de los cabritos (Mateo 25:33).

“*Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva*”. ¿Qué es lo que el conocimiento de Cristo provoca en el corazón? Solamente tenemos que mirar a lo que hizo la mujer samaritana: “*Entonces la mujer dejó su cántaro, y fue a la ciudad, y dijo a los hombres: Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será éste el Cristo?*” Ella comienza a hablar acerca de lo hermoso de servir a Dios. El pueblo de Dios recibe este anhelo de estar en la casa de Dios, y para ellos es un gran privilegio cuando están abiertas las puertas de la iglesia.

Me alegro mucho cuando veo que los padres llevan a sus hijos a la casa de Dios. Oh amigos, sigan enseñando a sus hijos el privilegio de estar en la iglesia. Que nos aferremos a la verdad de Dios, y que nos sea un gran gozo seguir las instituciones de Dios. No obstante, cuando el Señor nos convence de nuestro estado de miseria, el caso nuestro llega a ser muy diferente. Pues, como dice la palabra de Dios, entonces aquel pueblo Le adorará a Dios en espíritu y en verdad. Un gozo interno al estar bajo la predicación de Dios es una de las primeras características del pueblo de Dios. Amigos míos, que nos examinemos en cuanto a este asunto, para ver si el asistir el culto nos es fuente de gozo o no.

Cuando el Señor recién comienza la obra salvadora en el corazón, el pueblo convencido de su pecado sólo ve su propia miseria, y dicen entre sí: “¡Oh Señor, qué yo recibiera un lugar en Tu mesa alguna vez!”

Para ellos, este anhelo de estar en la mesa de Señor puede ser tanto, de modo que digan con el Salmista: *“Anhela mi alma y aun ardientemente desea los atrios de Jehová”* (Salmos 84:2).

Otra característica del verdadero pueblo de Dios es que Cristo se revela a ellos; les dice: *“Yo soy, el que habla contigo”*. No se puede recibir el agua viva de nada fuera de Cristo. Aun las experiencias y los sentimientos más dulces y espirituales no pueden ser la base de nuestra salvación, y nunca pueden satisfacer nuestra alma. Por eso los pastores invitan a la Santa Cena con el mandato de amor en el Nombre de Cristo: *“Haced esto en memoria de mí”*. La Santa Cena es para aquellos que ya no pueden mantenerse a sí mismo, ni pueden estar satisfechos con sus experiencias y sentimientos personales; al contrario, la Santa Cena es para aquellos que saben algo de la plenitud que hay en Jesucristo, y es para aquellos que han experimentado la salvación de todos sus pecados y culpas únicamente en Cristo Jesús.

Me dirijo por un momento a las almas sedientas en medio de nosotros, ustedes que no pueden reposar en sus propios sentimientos, pero aún así siguen dudando que la Santa Cena sea para usted. Oh amigo, espero que el Señor le haga fijar su mirada en Cristo para así desear de Él el agua viva, y para que Él se la dé abundantemente. En Cristo existe una plenitud de justicia para pagar el precio de toda la culpa que usted tiene, y en Él existe una santidad intachable para cubrir todas las injusticias que tiene usted. Que Dios le dé la aplicación personal de las palabras de Cristo: *“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”* (Mateo 11:28). Jesús estaba cansado cuando llegó al pozo de Samaria, para así dar descanso al cansado y afligido pueblo de Dios. Oh, es mi deseo que Cristo le diga a *usted* esta mañana: *“Yo soy, el que habla contigo”*. Es Él que tiene el agua viva, es Él que la ha conseguido para Su Iglesia, y es Él que la otorga a Su pueblo para que beba y para que sea satisfecho. Es entonces que el alma puede ver algo de la plenitud que hay en Jesucristo para un pueblo afligido, y para un pueblo al cual el enemigo dice: *“No hay lugar para ti en la mesa de la Santa Cena”*. ¡Les exhorto a no buscarlo en sí mismo, sino que por la gracia de Dios que lo busquen únicamente en Cristo! ¡Oh!, cuando Cristo se revela y le dice: *“Yo soy el verdad, y el camino, y la vida”*, el pecador convencido no puede hacer otra cosa que dirigirse a Cristo.

Tal vez hay alguno en medio de nosotros que dice entre sí: *“¡Qué cosa más grave para mí, ya que sigo fuera de Cristo! Yo sé con mi mente que Cristo es Lo que necesito, pero yo estoy tan cerca pero a la misma vez tan lejos, en fin quedando afuera”*. Oh amigo mío, ¿qué dijo Cristo a la mujer samaritana? *“Si conocieras el don de Dios, y quién es él que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva”*. Hijo de Dios en medio de nosotros, que su hambre y sed les haga huir a Cristo, y que les haga creer que Él también puede darte a ti esa agua viva. Mira por un lado todo lo que te falta de ti mismo y todo tu pecado y culpa, y mira por otro lado toda la plenitud de Cristo. ¿Acaso no es suficiente para ti? Tú sí estás muerto en tus delitos y pecados (Ef. 2:1), pero Él es el Príncipe de la vida, Quien te dice: *“Te daré agua viva”*. Él siempre será fiel a Su promesa.

Entonces, el Señor invita a la Santa Cena a todos los sedientos verdaderos, para que beban las aguas vivas de la Fuente de la salvación. Pueblo de Dios, aunque puede ser que alguien haya recibido la gracia para decir: “Yo sé a quién he creído” (2 Tim. 2:12), tú también necesitas el agua viva. ¿Acaso puedes vivir con tu conversión, o de tu experiencia del perdón de pecados? ¡No! Todo es en Cristo y tiene que venir de Él, ahora y para siempre.

Por lo tanto, espero que tanto los pequeños en la fe como los más avanzados puedan ser saciados de la plenitud de Cristo cuando celebremos la Santa Cena. Que el Señor nos dé mucho de esa hambre y sed espiritual, para que Él Mismo satisfaga nuestra alma sedienta con aquellas aguas vivas. Que el Señor otorgue una porción de la fe a Sus hijos, para que puedan mirar a Él y confiar en Él a pesar de todo lo que ocurre en sus vidas. Que el Señor guíe a Su pueblo durante su viaje aquí en el mundo, para que siempre tengan los ojos puestos en el Salvador. Pronto Su pueblo estará con Él para siempre, y la Santa Cena es una muestra y un recordatorio de eso. En el cielo, el pueblo de Dios tendrá comunión eterna y perfectamente con Él.

Que el Señor prepare a Su pueblo para la celebración de la Santa Cena el próximo domingo, y qué les dé la libertad para proclamar Su muerte. Que Su pueblo verdadero no Lo niegue en medio de la congregación, sino que venga a la mesa con gozo espiritual, porque Cristo desea satisfacer a Su pueblo con aguas vivas, de las cuales Él Mismo es la Única Fuente de la vida eterna. Amén.